

**Rafael Antonio Díaz Díaz. *Esclavitud, región y ciudad: El sistema esclavista urbano-regional en Santafé de Bogotá, 1700-1750*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano, 2001. 276 páginas. ISBN: 958-683-330-5.**

**Carlos Eduardo Valencia Villa**  
*Universidad Nacional de Colombia*

Hace más de cincuenta años aparecieron los primeros trabajos de Gonzalo Aguirre Beltrán<sup>1</sup> sobre México y alrededor de unos treinta años se publicaron los de James Lockhart<sup>2</sup> y Frederick Bowser<sup>3</sup> para el caso peruano. Como se sabe, estas investigaciones fueron pioneras en indagar sobre sistemas esclavistas vinculados a la pequeña producción y a la esclavitud urbana como fenómeno central en la formación económica colonial de las ciudades hispanoamericanas e insistían en el importante papel asumido por los negros y mulatos en la organización social de estos espacios. Pero a pesar de la antigüedad de esas investigaciones y de la evidente importancia del negro en la colonia neogranadina, en Colombia es poco lo que se ha investigado sobre la participación esclava en las sociedades urbanas y menos aún para el caso de Santafé, pues recordemos que solamente se han realizado un par de investigaciones y una de ellas es la de Rafael Díaz que reseñaremos en estas páginas y que ha sido publicada por la Universidad Javeriana en 2001, pero que en términos generales corresponde a la versión presentada por Díaz al Colegio de México en 1995 como su tesis doctoral<sup>4</sup>.

Por lo tanto, lo primero que hay que resaltar de esta investigación es su importante aporte a la historia de la esclavitud en la Nueva Granada y en general a la historia colonial. Particularmente porque el esfuerzo empírico y conceptual que ha realizado Díaz permite conocer de manera detallada el sistema esclavista en Santafé y la región a la que la ciudad pertenece durante la primera mitad del siglo XVIII. A través de la investigación, Díaz ha establecido una multitud de matices que caracterizan a la esclavitud santafereña y que la hacen similar, en sus rasgos generales, a las de las ciudades coloniales hispanoamericanas y menos semejante a las investigadas por Colmenares o Sharp para el occidente de Nueva Granada<sup>5</sup>.

Para realizar estos matices, la investigación de Díaz parte de un esfuerzo en el trabajo de fuentes. Ha levantado una muestra de 6.616 esclavos localizados en los registros notariales de

---

<sup>1</sup> Gonzalo Aguirre Beltrán, *La población negra de México, 1519-1810: Estudio etnohistórico* (México, D.F.: Fuente Cultural, 1946).

<sup>2</sup> James Lockhart, *Spanish Peru, 1532-1560: A Social History* (Wisconsin: Wisconsin University Press, 1994).

<sup>3</sup> Frederick Bowser, *Esclavo africano en el Perú colonial* (México, D.F.: Siglo XXI, 1991).

<sup>4</sup> Antonio José Galvis Noyes, "La esclavitud en Bogotá durante el período 1819-1851 vista a través de las notarías Primera, Segunda y Tercera: Extracto" (Bogotá, 1974, mecanografía).

<sup>5</sup> Germán Colmenares, *Historia económica y social de Colombia: Popayán una sociedad esclavista, 1680-1800* (Bogotá: La Carreta, 1979); William Sharp, *Slavery on the Spanish Frontier: The Colombian Chocó, 1680-1810* (Oklahoma: University of Oklahoma Press, 1976).

Santafé y en los inventarios de unidades productivas; y para todos los que han realizado investigaciones con bases cuantitativas y especialmente con los fondos notariales coloniales, será claro que construir una muestra de este tamaño es un ejercicio dispendioso que no solamente demanda trabajo sino paciencia. Con estos registros organizó una base de datos que en el libro se explica con algo de detalle. Basado en el análisis de esta información procedió a realizar las afirmaciones y probar las hipótesis del libro, lo que por sí mismo es ya importante en estos momentos en que los historiadores han olvidado que la calidad de sus fuentes, si bien no es un requisito suficiente para sustentar sus tesis, sí es necesario. En otras palabras, *Esclavitud, región y ciudad*, les recuerda a algunos historiadores que el saber en historia se hace con fuentes, aunque evidentemente este conocimiento no es reducible a ellas, como aún lo creen algunos otros. En ese sentido, este libro es una buena ponderación entre la rigurosidad en el arduo trabajo de archivo y el indispensable trabajo de la razón y la imaginación para producir un nuevo saber sobre el pasado.

El primer esfuerzo de *Esclavitud, región y ciudad* es ilustrarnos acerca del contexto espacial y socioeconómico y del desarrollo general de la esclavitud santafereña de los siglos XVI y XVII. Según estas páginas, fue la economía doméstica y los servicios personales los factores que generaron la demanda inicial de esclavos. Esta demanda, durante la primera mitad del siglo XVIII, no se concentraba exclusivamente en el ámbito urbano, pues la ciudad se integraba a una región mayor, que en palabras de Díaz es calificada como de “fronteras” la cual coincide, en el margen occidental, con el alto Magdalena (Mariquita-Neiva) y con las zonas de Antioquia, Popayán, Chocó y Cartagena; por el nororiente con la zona de Tunja que se extendía hasta la capitanía de Venezuela; y en el oriente con la provincia de San Juan de los Llanos.

Luego de estos contextos y de los antecedentes generales, el libro entra de lleno al problema de la caracterización de la esclavitud de Santafé y la región a la que está vinculada durante la primera mitad del siglo XVIII. Para asumir la tarea, las primeras variables analizadas son las relacionadas con “la estructura poblacional esclava”. Esto quiere decir, la puesta en claro de las características demográficas de la esclavitud en la zona. Es allí, donde toman su primer sentido las series cuantitativas construidas por el autor y que, como hemos dicho, corresponden a un importante esfuerzo, pues sobre ellas se basan las afirmaciones realizadas en el libro.

Ahora bien, si existe un importante trabajo con los registros notariales y con los inventarios de minas y haciendas para sustentar las afirmaciones, eso no implica que no nos queden varias inquietudes sobre el alcance de lo afirmado por Díaz. La primera, y la más obvia por cierto, es si el método empleado en la investigación para seleccionar los datos de las notarías es el más pertinente para asegurar la representatividad de la muestra respecto al total de las operaciones realizadas. Es decir, estamos de acuerdo con Díaz en que explorar todos los tomos del fondo Notarías para estos cincuenta años es una tarea interminable y casi inútil, pues la técnica del muestreo estadístico permite realizar generalizaciones con altos márgenes de confianza. Sin embargo, estos márgenes son consecuencia directa de la forma en que se ha efectuado la muestra, ya que si ella no es representativa, la generalización probablemente no sea verídica. Y en particular, en el caso de la investigación de Díaz, queremos llamar la atención sobre la forma

en que se seleccionó, pues el mecanismo fue el de tomar una notaría por cada década: la Notaría Primera para el período 1700-1710, la Notaría Segunda para el correspondiente a 1710-1720 y así sucesivamente. Esta forma no nos parece que garantice que la muestra sea representativa en el contexto colonial, pues no se puede indicar y mucho menos demostrar, que el total de operaciones se distribuya uniformemente en las tres notarías santafereñas en las cinco décadas estudiadas, esto es, que nada permite pensar que una notaría pueda representar a las otras durante un período determinado, en su número y tipo de operaciones.

Díaz está partiendo del hecho de que el total de transacciones del período se ha dividido entre las tres notarías y que por ende tienen un número similar de operaciones con esclavos y que además este comportamiento ha sido así durante los cincuenta años que ha analizado. Pero tal premisa no se ha demostrado y por ende muchas de las afirmaciones pueden ser que no se correspondan con la realidad. Por ejemplo:

Aunque no es un indicador confiable ni determinante, el número de operaciones registradas con esclavos puede ser un primer índice de la tendencia en el aumento o disminución de la población (63).

A renglón seguido se nos invita a observar la Gráfica 1. “Total de esclavos registrados” (229) donde se aprecia un aumento en los primeros cuarenta años y una fuerte caída en la última década, la cual es atribuida a una

[...] herencia generacional negativa, producto de la epidemia de viruela ocurrida en la ciudad, la sabana y áreas circunvecinas durante el año de 1735. Al parecer la peste no tuvo consecuencias inmediatas y sí dejó secuelas que se manifestaron cinco o diez años después (63).

Pero si se mira con algo de atención la mencionada gráfica y recordamos que los datos de las décadas de 1710 y 1740 han sido tomados de la Notaría Segunda, lo que podríamos preguntarnos es si no es probable que esta notaría siempre haya registrado menos esclavos que las notarías Primera y Tercera, tal como sucedió en la primera mitad del siglo XVII, cuando la Notaría Primera casi monopolizaba las transacciones con esclavos. Es más, también podríamos preguntar si no existió alguna otra razón para que la Notaría Segunda llevara a cabo menos transacciones esas décadas, sin que necesariamente sea por reducción de la población esclava, pues esta reducción sería una de las múltiples razones por las que no se registraron tantos esclavos como en la década anterior. Esto es, que no estamos diciendo que la hipótesis de “herencia generacional negativa” de Díaz sea falsa, sino que no hay pruebas suficientes para demostrarla, pues la caída en las transacciones de la muestra no garantiza que existiera un descenso en el total de transacciones (lo cual sí sería una prueba suficiente para la hipótesis) ya que el mecanismo de selección no ha asegurado que a movimientos en la tendencia del total de las operaciones se sigan necesariamente movimientos similares en la muestra obtenida.

Si damos por descontado los problemas con la muestra, de todas formas nos quedan un par de inquietudes con las fuentes y el alcance en las afirmaciones que se hacen a partir de ellas, particularmente sobre las deducciones de variables demográficas a partir de información de negocios comerciales, pues aunque Díaz recurrentemente afirma que no es posible realizar inferencias en esa vía (de lo comercial a lo demográfico), sí termina realizando algunas. Por ejemplo, luego de hablar de la composición por edades de los esclavos transados a través de las notarías, nos dice:

[...] la población infantil (0-5 y 6-10) tendió a ser relativamente más estrecha con relación a los grupos de edades vecinos, especialmente hasta los 25 años en los hombres y 30 en las mujeres, edades a partir de las cuales se reducía paulatinamente la estructura, hasta cerrarse en la cúspide de los esclavos con más de 51 años (69).

Y en la siguiente página afirma:

Aunque los niveles de fecundidad y fertilidad hubieran estado presentes o ausentes, un supuesto proceso de estabilización o de crecimiento “natural” se veía amenazado desde su base, dadas las tasas estacionarias o decrecientes de la población infantil, especialmente entre los 6 y 10 años (70).

Lo que a su vez lo lleva a proponer que las condiciones económicas y sociales de los esclavos no eran las mejores y que esto afectaba el “normal desarrollo de la puericultura”. Inferencia que no nos parece del todo legítima, pues tal y como dice Díaz (un párrafo antes de éstos), las variables de los registros notariales *hablan más del mercado esclavista que estrictamente de la estructura demográfica*. Es decir, que no se transen niños de 6 a 10 años en el mismo volumen o en cantidades superiores a los otros grupos de edad mayores a ellos, no implica necesariamente que esa población sea menor a las otras. Lo único que indica con seguridad (repetimos, dando por descontado los problemas con la muestra) es que el *mercado* prefiere no transar a estos niños en la misma cantidad que lo hace con otros grupos. Por ende, no es válido colegir que el crecimiento de la población se viera amenazado y mucho menos que la calidad de vida no fuera óptima. Aunque otra vez, esto no quiere decir que probablemente Díaz no tenga razón, simplemente decimos que no hay evidencias suficientes para sustentar estas afirmaciones sobre crecimiento poblacional y calidad de vida de los esclavos.

Frente al manejo de las fuentes queremos señalar una última cuestión y es la referida a su representatividad respecto al total de esclavos transados en Santafé, pues en las notarías quedan registradas solamente las operaciones legales. Por ellas no pasan las que se realizan con esclavos contrabandeados. Este sesgo de la fuente debe ser tratado con algo de cuidado porque, por ejemplo, cuando se nos propone que el *mercado* no dependía de circuitos internacionales o intercoloniales para la oferta de fuerza de trabajo esclava y se nos da como “prueba contundente” la baja proporción de bozales en los registros (77), nos queda la duda de si esa limitada proporción respecto al volumen de esclavos criollos transados pudo haberse dado

porque en el caso de los bozales era posible conseguirlos a través de operaciones de contrabando (con la consiguiente reducción en los precios) mientras que los criollos eran transados por mecanismos legales. Es decir, que aunque estamos de acuerdo en que es posible que la región santafereña y en general la Nueva Granada en la primera mitad del siglo XVIII no dependa de circuitos internacionales de esclavos para ser abastecida, nos parece que la prueba es lo limitado de los recursos y por ende de las inversiones de los dueños de los esclavos, tal como lo afirma el mismo Díaz, más que la baja proporción de bozales en los registros notariales.

En ese mismo sentido, de baja representatividad, queremos señalar el Cuadro 12. “Valores promedio de los bozales por procedencia étnica, mercado santafereño, 1700-1750” (106) que se ofrece como sustento de la afirmación general de que los precios promedio más altos los recibían las “etnias” (es decir, se generaliza) Popo, Loango, Angola, Lucumí, Arará y Mandinga y entre los que más bajo valor se les asignaba estaba la Wolof. Pero cuando vemos la mencionada tabla, encontramos que los angolas a los que se refiere son dos hombres y dos mujeres, que los loango son un hombre y una mujer y que los wolof es en realidad un esclavo. Con tan pocos datos y sin establecer un indicador para el contrabando, es muy difícil que la jerarquía de valores respecto a etnia, ofrecida por Díaz, sea representativa.

En el capítulo tercero, el libro entra a discutir las variables propiamente económicas y empieza con un pequeño contexto sobre el *mercado* de esclavos y los factores generales que lo componen, como capital, precios y calidades de los sujetos transados. Frente a esta pequeña introducción solamente queremos señalar una duda. Díaz dice que la “forma común” (89) era el pago de contado de las compraventas sin que por ello se desconozca que existían mecanismos de crédito. La pregunta que nos queda es cómo establecer que ésta era la *forma común* pues como es conocido, en muchas ocasiones en la carta de venta se dejaba explícitamente consignado que el pago era en moneda y al contado, pero unas escrituras más adelante, se registraba otro documento en el cual el comprador señalaba que en realidad no había efectuado tal pago y que por ende se obligaba, en un plazo determinado, a cancelar el precio al vendedor y en muchas oportunidades ese pago se fijaba en especie y no en moneda. De esa manera, si no es posible establecer la información sobre la forma de pago a través del indicador de los registros de compraventa, pues en múltiples ocasiones ellos resultaban falsos, ¿cómo, entonces, saber cuál era la *forma común* de efectuar los pagos?

La primera variable analizada, en el capítulo tercero, es la de los precios y en este ítem una de las primeras afirmaciones es acerca del volumen de *capital* invertido en el *mercado* de esclavos en la región. Frente a esto, Díaz demuestra de forma contundente, que el negocio no es pequeño. Según sus datos, en las cinco décadas circularon 435.077 pesos (90) como dinero incluido solamente en las operaciones de la muestra, es decir, que el total transado debió ser aún mayor. Estos 435.077 corresponden en promedio a unos 8.700 pesos anuales, que son un valor alto en los términos de la época. De esa forma, Díaz también ha demostrado que los negros que se movían en la Santafé colonial y su región eran un volumen relevante y que la ciudad fue un centro de negocios esclavistas importantes en la Nueva Granada.

Luego, vienen las comparaciones por precio entre los esclavos en la ciudad y los de las zonas rurales. Estos últimos recibían, en términos generales, precios más bajos respecto a los urbanos, fenómeno que explica Díaz como consecuencia de un “mercado al detal” en Santafé, mientras que en el campo los negocios se hacían para varios esclavos y en ocasiones con bienes de producción (por ejemplo, trapiches o casas), con lo que la valoración individual se veía reducida por los avalúos “al por mayor” (92).

En las páginas siguientes del capítulo, aparece el análisis de los precios a medida que el siglo va corriendo. En la Gráfica 7. “Precio promedio de los esclavos 1700-1750” se presenta la tendencia general. Según ella, las tres primeras décadas son de una fuerte caída en los precios y en las dos últimas hay un ascenso de ellos, aunque no tan dramático como el ritmo de la caída. En otras palabras, los esclavos pasan de costar un poco menos de 270 pesos a comienzos de siglo a algo más de 200 en la tercera década, para luego alcanzar, a mediados de siglo, un promedio cercano a los 230. Para la segunda mitad del siglo, Díaz deduce una posible disminución general de precios y para ello emplea los datos aportados por Galvis para la primera mitad del siglo XIX y que establecen que entre 1819 y 1824 el precio se ubicaba en los 104 pesos en promedio<sup>6</sup>, valor inferior, y por un gran margen, a los de 1700-1750.

Con este comportamiento general establecido, gráfica con la que estamos plenamente de acuerdo, Díaz pasa a afirmar que del perfil de la curva se puede deducir un proceso de “crisis estructural” en la esclavitud (94). No entendemos por qué se puede deducir de la gráfica esta consecuencia, pues él nos ha dicho que

[...] a mayor volumen de esclavos comercializados, se presentaba una tendencia a la reducción promedio del precio por esclavo (91).

De esa manera y sin datos demográficos precisos, ¿cómo es posible afirmar una *crisis general*? Pues según lo dicho, a la caída de los precios le debería seguir un aumento en la oferta de esclavos y por ende, ¿por qué hablar de la crisis?

De la afirmación de la crisis, *Esclavitud, región y ciudad* pasa a comentar la relación entre precios y género. Según lo demostrado, las mujeres recibieron valores un poco más altos que los hombres en la ciudad, mientras que en el sector rural la relación se invertía: mayores precios para hombres que para mujeres (95). Para explicar el caso urbano, Díaz nos propone que las mujeres eran un “factor latente de rentabilidad o ahorro para sus dueños”, pues al no existir una fuerte conexión de Santafé con el abastecimiento internacional de esclavos, las mujeres resultaban más valoradas gracias a su capacidad reproductiva. Tal vez la situación era así. Sin embargo, de nuevo nos quedan algunas dudas con las evidencias empíricas que sustentan la afirmación, pues los márgenes de diferencia en el promedio de los precios son muy bajos; más cuando en ningún momento se nos ofrecen los indicadores de dispersión para saber qué tan representativos son los promedios. Es decir, en las gráficas 8 y 9 aparecen las medias de precios,

---

<sup>6</sup> Galvis, “La esclavitud en Bogotá”.

pero sin la desviación, de tal manera que no es claro si los pocos pesos de diferencia responden a situaciones generales de la población o a la calidad de la muestra. Por ende se trataría más de valoraciones iguales para hombres y mujeres.

Otro de los elementos de análisis del capítulo es la comparación de precios entre los de Santafé, Popayán y el Chocó. Según lo demostrado en el libro, los esclavos santafereños eran sustancialmente más baratos que los del occidente. Un bozal en Santafé que tuviera entre 11 y 20 años costaba en promedio 290 pesos y si tenía entre 21 y 35 años en promedio su precio era de 333, mientras que en Popayán, un esclavo de 16 a 25 tenía un valor medio de 460 pesos. Esta disparidad de precios es interpretada como producto de los márgenes en los rendimientos económicos esperados en cada zona y la infraestructura para proveer bozales hacia el sur occidente de la Nueva Granada (109).

Para finalizar el análisis de las variables económicas, el libro indaga sobre los precios de mulatos y de etnias africanas, luego nos habla del esclavo como elemento de crédito y por último de la fuerza de trabajo esclava en la producción agraria regional. Frente a este tópico sólo queremos señalar una cuestión. Según el autor, 21 esclavos por unidad que representan un 41% del valor total de la propiedad,

[...] hacen suponer una explotación rigurosa del trabajo, buscando rentabilidad sobre la inversión en fuerza laboral y niveles eficientes de productividad para afrontar mercados locales competitivos (125).

Estas metas al parecer no se lograron, pues los propietarios se vieron obligados a vender sus bienes agrarios por debajo de los precios reales y los esclavos rurales tenían bajos niveles de especialización a juzgar por los avalúos e inventarios realizados. Nuestra duda se refiere a las cuatro categorías y los calificativos empleados en el análisis, a saber, “explotación rigurosa”, “rentabilidad”, “niveles eficientes de productividad” y “mercados locales competitivos”. En principio, no entendemos qué significan cada una de ellas en el contexto colonial neogranadino y qué acepción les está dando Díaz, pues evidentemente no pueden ser las que conocemos hoy. Pero lo más importante para nosotros es reconocer que no nos queda nada clara la conexión entre tener 21 esclavos que son el 41% de la inversión y la *explotación rigurosa*, la búsqueda de la *rentabilidad* y de *niveles eficientes de productividad* y que existan *mercados locales competitivos*.

En los dos últimos capítulos se centran los aportes fundamentales del libro. El análisis de la “economía propia”, resulta bien sustentado y a partir de él, la interpretación que se nos propone para comprender el sistema esclavista urbano y regional es sugerente. Según Díaz, el fenómeno consistía en que los esclavos desarrollaban actividades productivas de manera independiente, y que les implican, en algunas ocasiones, ser propietarios de parcelas, arrendatarios de predios y partícipes de circuitos monetarios (127). Esta *economía propia* significaba para los amos ventajas que iban desde la subsistencia, sostenimiento, mayor explotación hasta conseguir rentas más altas. Para los esclavos, a su vez, implicaba mayores niveles de autonomía y

posibilidades de conseguir algún peculio. Esto, por su parte significó relaciones sociales entre amos y esclavos distintas a las que se han pensado tradicionalmente, debido a que el esclavo podía aparecer en ocasiones como propietario, con menores controles de parte del amo pero acompañados de mayores niveles de explotación. Sin embargo, lo más relevante de la interpretación propuesta por Díaz, es que tanto amos como esclavos son creadores y responsables de este proceso histórico. Los primeros motivados por necesidades económicas como la subsistencia y rentabilidad y los segundos por el afán de autoreconocimiento y búsqueda de la libertad (172-73).

A su vez, la *economía propia* es un elemento importante para comprender la dinámica de la libertad en la población manumitida, en tanto los dos sectores, esclavos y libres, se encuentran próximos entre ellos, hablando en términos socioeconómicos y además la libertad y la esclavitud son, en palabras de Díaz, “realidades cercanas a la vez que lejanas para los dos grupos” (182). Los manumitidos soportaban el estigma y la marginalización por su condición de antiguos esclavos o herederos de ellos y los esclavos que aspiraban a ser libres generalmente deberían haber desarrollado una *economía propia* que a su vez implicaba que la manumisión no llegara a ser una amenaza durante la primera mitad del siglo XVIII para la institución de la esclavitud, en tanto para un sector de los amos libertar esclavos era perder una fuerte porción, o tal vez la única fuente de renta con que contaban. La manumisión, concluye Díaz en el mismo sentido que Patterson<sup>7</sup>, era más un mecanismo para reforzar la esclavitud al generar incentivos de trabajo y servicio personal.

En conclusión, *Esclavitud, región y ciudad*, es un buen libro y una importante contribución al conocimiento del pasado colonial neogranadino. Aporta en el nivel empírico con la gran cantidad de información, series e indicadores contruidos. Además, nos presenta una caracterización de la esclavitud santafereña y de la región a la que ella pertenece bastante elocuente y verídica. Pero sobre todo, es un buen libro porque se deja interrogar, se puede cuestionar, es posible establecer un dialogo con él. Las bases empíricas permiten que además del autor, los lectores las podamos emplear y a partir de ellas debatir las hipótesis y afirmaciones del historiador. No es una de esas investigaciones en las que el reino de la completa subjetividad del investigador se hace presente y en la que la fragmentación y el relativismo son tan abundantes que es virtualmente imposible dialogar con el texto. Aquí cada afirmación aparece de la interacción de la subjetividad de Díaz y la base empírica aportada por las fuentes, con lo cual la discusión resulta favorecida, pues a aquellas investigaciones donde sólo hay fuentes es poco lo que se les puede interpelar y por ende su contribución resulta modesta.

Por último, el libro se presta tanto al diálogo (que como decimos es su cualidad más importante), que a través de él los lectores irán encontrando nuevos caminos de investigación. Díaz a cada momento señala los vacíos de la historiografía sobre Nueva Granada y esto es relevante, pues una investigación no solamente se realiza para intentar resolver un problema

---

<sup>7</sup> Orlando Patterson, *Slavery and Social Death: A Comparative Study* (Harvard: Harvard University Press, 1982).



sino para plantear nuevos. Así, el libro deja abierta las posibilidades para que aparezcan investigaciones que giren en torno a tópicos tan poco tratados como el de las condiciones de vida de los esclavos, que solamente ha sido asumido por un par de textos, o el de las relaciones sociales entre manumitidos y esclavos, o en el del cálculo de precios de la fuerza de trabajo en contextos rurales y los factores que la determinan, para nombrar sólo algunas de las sugerencias de Díaz.